

batió al enemigo. Este glorioso bautismo, que recuerda uno de los más hermosos nombres del Imperio, marcará una de esas etapas indicadas en la proclama del emperador.»

El general Forey agregaba la siguiente posdata: «Según los informes que recibo de todas partes, las fuerzas del enemigo no bajaban de quince á diez y ocho mil hombres, y si he de creer lo que dicen los prisioneros, excedían con mucho de esta cifra.»

Para luchar contra semejantes fuerzas, el general Forey no había tenido más que su división, compuesta de cinco mil novecientos hombres y los seis escuadrones de caballería ligera sarda. La noticia de este magnífico hecho de armas produjo en toda Italia y en toda Francia una inmensa alegría. Este primer triunfo era de buen augurio.

XLV

PALESTRO

La guerra comenzaba bien: en el momento de librarse el combate de Montebello, Garibaldi y sus voluntarios de camiseta roja se distinguían alrededor del lago Mayor; entraban en Como el 29 de mayo, y la ciudad se ponía bajo la protección del gobierno del rey Víctor Manuel.

El 30 de mayo, el rey, que llevaba consigo cuatro divisiones sardas, cruzaba el Sesia; la división Durando se dirigió hacia Vinzaglio, y las divisiones Fauti y Castelborgo hacia Casalino y después á Confienza. La división Cialdini, que desde la víspera se había situado en la orilla izquierda, fué encargada del ataque principal, contra Palestro. Este pueblo era de difícil acceso: cortado por canales y obstruído por causa de las talas de árboles, el camino que á él conducía presentaba obstáculos de toda especie. En los lados, el terreno, cubierto de arrozales y dividido por innumerables zanjas, entorpecía mucho el ataque; antes de llegar á Palestro, el río, con sus orillas llenas de altas hierbas, álamos y sauces; á derecha é izquierda, vastos prados pantanosos; los declives encajonando y dominando el camino hasta la entrada del pueblo, y ocupados por tropas; los cazadores tirolese, hombres escogidos, escalonados de trecho en trecho, ocultos por los árboles ó echados entre las hierbas; el puente defendido por numerosos tiradores; las alturas formando á cada lado del pueblo como dos baluartes naturales de unos quince metros de altura, y las primeras casas almenadas para dificultar el ataque, permitiendo á los austriacos dirigir sus fuegos contra los sitiadores: tales eran los obstáculos de toda especie que encontraba la columna sarda encargada de tomar la posición de Palestro. Conducida por Víctor Manuel en persona, triunfó de todas las dificultades y apoderóse del pueblo. Al mismo tiempo, las otras divisiones sardas tomaban Vinzaglio, ocupando seguidamente Casalino y Confienza.

Al otro día, los austriacos debían tomar otra vez la ofensiva, presentándose con fuerzas considerables.

Cuando el emperador había enviado á Víctor Manuel en 29 de mayo la orden con estas únicas palabras: «El ejército del rey se situará delante de Palestro,» presentía que el soberano sardo tendría que librar varios combates, y por eso puso á su disposición el 3.^{er} regimiento de zuavos, momentáneamente destacado del 5.^o cuerpo. Este regimiento acampaba en Torrión el día 30, y el

31, á las seis de la mañana, recibía del rey la orden de dirigirse sobre Palestro. A las nueve establecía su vivaque á la derecha del pueblo, en una llanura cubierta de mieses y de arboledas, teniendo ante sí, como obstáculo, el canal *della Calcina*. A eso de las diez, los austriacos desembocaron por los caminos de Robbio y de Rozasco, y el 3.º de zuavos tomó acto continuo las armas, situándose á unos 500 metros sobre su derecha, por la parte en que el fuego de fusilería se había empeñado más vivamente.

Los zuavos, que habían recogido sus tiendas, depositando con ellas sus morales, ocultaron por lo pronto su aproximación, escondiéndose en los trigos y tras una cortina de álamos; y después, saliendo de improviso de las espesuras, arremetieron al enemigo.

Nada los detiene, ni las zanjas, ni las cercas de acacias que les laceran el rostro, ni los arrozales, ni el suelo pantanoso en que se hunden hasta las rodillas, ni el canal, en cuyas aguas se sumergen hasta la cintura y á veces hasta los hombros.

De repente, desde el centro de los trigos, donde están emboscados los cazadores tirolenses, parte un fuego de fusilería casi á boca de jarro; á la metralla que derriba las primeras filas, los zuavos contestan con gritos, y sin hacer uso de sus armas, franquean la orilla, cubierta de espeso cieno.

«Para tocar las bocas de los cañones, se dice en el Diario histórico del 3.º de zuavos, basta dar un paso; los artilleros austriacos, asombrados de tanta audacia, no tienen ni siquiera tiempo para dar fuego á sus piezas, y en vano tratan de engancharlas de nuevo, pues las terribles bayonetas de los zuavos clavan en el sitio á los que procuran defenderse. Arrollada la infantería, se dispersa en todos sentidos, y cinco cañones quedan en nuestro poder.»

Los zuavos llegan después al camino; los unos se precipitan por la derecha; los otros escalan los declives por la izquierda, y de pronto se encuentran, en un campo labrado, frente á varios batallones austriacos, á los cuales atacan á la bayoneta.

En este momento ven llegar á galope tendido á Víctor Manuel, sable en mano. El intrépido monarca, seguido de batallones sardos, dignos de semejante jefe, se precipita en lo más recio de la pelea; al general Lamármora, que está cerca de él, le hieren gravemente el caballo; el ardiente valor del rey electriza á los zuavos y todos le aclaman.

Los austriacos, perseguidos siempre, son acosados hasta el pequeño río Brida, cruzado por un estrecho puente, del cual cierran la entrada con dos piezas de artillería, mientras que las reservas se hallan agrupadas detrás de dicho puente, flanqueando los escarpados declives del río. Los zuavos se precipitan sobre la entrada de aquél y apodéranse de los dos cañones, trabándose una lucha terrible cuerpo á cuerpo. Muchos combatientes son precipitados en el río; los unos se ahogan, los otros quedan destrozados en su caída; pero algunos austriacos consiguen salvarse á nado. Se ven zuavos que, compadecidos, bajan por las

escarpadas orillas y alargan sus carabinas como pértigas para sacarlos del agua. Al mismo tiempo, el general Cialdini, que ha defendido valerosamente la ciudad de Palestro, obliga al enemigo á retirarse; también se le rechaza hasta Confienza, y al fin se repliega sobre Robbio. La victoria es completa.

Napoleón III, que ha dejado su cuartel general de Vercelli, acude al oír el



El general Cialdini

estampido del cañón de Palestro, y Víctor Manuel le da cuenta del éxito de la jornada.

Los zuavos forman en orden de batalla á los dos lados del puente, que acaba de ser teatro de tan heroica lucha, y los dos monarcas pasan entre las filas de los intrépidos soldados, que poseídos aún del ardimiento del combate, agitan sus manos ennegrecidas por la pólvora y sus ensangrentadas carabinas, á los gritos de «¡Viva el emperador! ¡Viva el rey!»

Víctor Manuel, encontrando en el campo de batalla dos voluntarios italianos mortalmente heridos, les dirige palabras afectuosas; el uno le contesta: «Señor, siento morir en la primera batalla;» y el otro: «Señor, libertad á esta pobre Italia.»

Por la noche se da la siguiente notable proclama del rey: «Soldados: Hoy un nuevo y brillante hecho de armas se ha señalado por otra victoria. El ene-

migo nos atacó vigorosamente en la posición de Palestro, con fuerzas considerables sobre nuestra derecha, y proponíase impedir la unión de nuestras tropas con las del mariscal Canrobert. El momento era supremo á causa de ser nuestros soldados muy inferiores en número á los del enemigo; pero este último tenía frente á sí las valerosas tropas de la 4.^a división bajo las órdenes del general Cialdini y el incomparable 3.^{er} regimiento de zuavos, que combatiendo en este día con el ejército sardo, ha contribuído poderosamente á la victoria..... S. M. el emperador, al visitar el campo de batalla, ha dado sus más sentidas felicitaciones, apreciando la inmensa victoria de este día. ¡Soldados, perseverad en vuestra conducta sublime, y os aseguro que el cielo coronará vuestra obra, tan valerosamente comenzada!»

Al otro día se produjo un curioso incidente, y para referirle dejamos la palabra al barón de Bazancourt, que llamado de orden del emperador al ejército de Italia, redactó una notable historia de la campaña: «Un joven oficial de caballería sarda, encargado de escoltar los prisioneros, se presentó ante el coronel de Chabrón para recibir en depósito los que se habían hecho por el regimiento de zuavos. El coronel, admirado de oír á este oficial piemontés expresarse en francés sin el menor acento extranjero, le preguntó de qué país era. «Soy francés, contestó el subteniente de Niza-Caballería. — ¿Vuestro nombre? — De Chartres, mi coronel.» Y como al oír pronunciar este nombre el coronel mirase al joven subteniente con atención, éste añadió sencillamente: «Soy hijo del duque de Orleans» Y saludando al coronel, de quien había recibido las órdenes, se alejó.

El coronel de Chabrón, conmovido por aquel encuentro fortuito y por la sencillez de aquel joven, ya huérfano, que había sufrido tan grandes infortunios, le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido en medio de las tiendas que se elevaban á su alrededor.»

Aquel mismo día, Víctor Manuel dirigía esta carta al coronel de Chabrón: «Del cuartel general principal, Torrión, 1.^o de junio de 1859. — Señor coronel: El emperador, al poner bajo mis órdenes el 3.^{er} regimiento de zuavos, me ha dado una preciosa prueba de amistad. He pensado que no podía acoger mejor esta tropa escogida que proporcionándole inmediatamente ocasión de que alcanzasen nuevos laureles los que en los campos de batalla de Africa y de Crimea han hecho tan temible al enemigo el nombre de zuavos. El ímpetu irresistible con que vuestro regimiento, señor coronel, marchó ayer al ataque ha excitado toda mi admiración. Atacar al enemigo á la bayoneta y apoderarse de una batería arrojando la metralla, ha sido asunto de pocos instantes. Debéis estar orgulloso de mandar tales soldados, y ellos deben estar contentos de obedecer á un jefe como vos. Aprecio mucho el pensamiento que tuvieron vuestros zuavos de conducir á mi cuartel general los cañones tomados á los austriacos, y os ruego que les deis gracias de mi parte. Me apresuraré á enviar este hermoso trofeo á S. M. el emperador, á quien he dado á conocer ya la bravura incompara-

ble con que vuestro regimiento se batió ayer en Palestro, sosteniendo mi extrema derecha. Siempre estaré muy satisfecho de ver al 3.^{er} regimiento de zuavos, combatir junto á mis tropas, y recoger nuevos laureles en los campos de batalla



El general Lamarmora

que nos esperan. Servíos, señor coronel, manifestar mis sentimientos á vuestros zuavos. — VÍCTOR MANUEL.»

La dinastía de Saboya es una raza de héroes. En 1823, durante la guerra de España, Carlos Alberto, que servía en las filas del ejército francés, excitó de tal modo el entusiasmo de los soldados por su intrepidez en el ataque del Trocadero, que para manifestarle su admiración le confirieron las charreteras de granadero. Después del combate de Palestro, su hijo Víctor Manuel fué nombrado por aclamación sargento de zuavos.

XLVI

TURBIGO

Los dos combates de Palestro habían tenido por resultado ocultar el movimiento que el ejército francés efectuaba en dirección á Novara, y por consecuencia, obligar á los austriacos á replegarse sobre el Tessino, evacuando el territorio del Piamonte. El ejército aliado los seguía en su movimiento de retirada y se dispuso á cruzar el Tessino.

El 2 de junio, el emperador mandó al general Mac-Mahón que enviase á la división Espinasse á ocupar Trecate, en el camino de Milán; y al general Camón, comandante de la división de tiradores de la guardia, que se dirigiese hacia Robbio, en la orilla izquierda del Tessino, para forzar el paso frente á Turbigo, protegiendo la operación de formar un puente de barcas que serviría al día siguiente para transportar el 2.º cuerpo á la otra orilla.

El 3 de junio, á las ocho de la mañana, este cuerpo salió de Novara en dirección á Turbigo, pueblo lombardo situado á nueve kilómetros de Buffalora, y franquear el Tessino por el puente que se había echado durante la noche.

El general Mac-Mahón precedía á su cuerpo de ejército con los oficiales de su Estado mayor para reconocer el terreno en que podría ser llamado á operar. A las tres llegó á los campamentos de los tiradores de la guardia encargados de vigilar las cercanías del puente, y después de atravesar por Turbigo se dirigió al pueblo de Robchetto, situado al Este y á dos kilómetros de Turbigo, en la orilla izquierda del Tessino. En el momento de llegar no habían divisado aún al enemigo. Dejemos la palabra á su jefe de Estado mayor, el general Lebrún. «En Robchetto, dice este jefe, reconoció la dificultad de ver bien el terreno, á causa de estar los alrededores del pueblo cubiertos de viñas y de árboles; de modo que tuvo que subir al campanario de la iglesia.» Mac Mahón, en la plataforma del campanario, había desarrollado un mapa del país y miraba el horizonte, cuando una columna austriaca, que venía al parecer de Buffalora, avanzó sobre el pueblo, del cual se hallaba ya á pocos centenares de metros.

El general Lebrún añade: «Todos se precipitaron por la escalera del campanario para bajar los peldaños de cuatro en cuatro, y los que habían quedado á la cola gritaban á los que iban delante: «¡Más de prisa, más de prisa!» Ya fuera de la iglesia, muy pronto estuvieron todos montados; y ya era tiempo, pues de haber tardado dos ó tres minutos, los austriacos habrían hecho una buena

captura, la de un comandante del cuerpo de ejército francés, de su jefe de Estado mayor, de un general de división, el general Camón, y de los oficiales que les acompañaban.»

Impedir al enemigo establecerse en Robchetto era indispensable, tanto para proteger los vivaques como para asegurar la ejecución del movimiento ulterior del segundo cuerpo sobre Buffalora y Magenta, y por lo tanto no se debía perder un minuto.

Mac-Mahón partió al galope y llegó á Turbigo, donde dió al regimiento de tiradores argelinos — único que por el pronto tenía á su disposición — la orden de marchar apresuradamente sobre Robchetto para rechazar al enemigo y ocupar el pueblo.

En el mismo instante, el emperador, que venía de visitar el gran puente de San Martino, llegaba á Turbigo, y en una de las casas que coronan la meseta, al Norte del camino, daba al general Camón la orden de dirigir inmediatamente los tiradores de la guardia hacia las desembocaduras del canal al Sud de Turbigo, á fin de sostener las tropas del general Mac-Mahón.

Los tiradores argelinos — los turcos, como los llaman — van á entrar en fuego. El general de la Motterouge pasa por el frente de sus tres batallones y les dirige algunas palabras enérgicas, que traducidas inmediatamente en árabe por el coronel Laure, los electriza. El mismo general se coloca á la cabeza del batallón del centro, y levantando su espada, da la señal de marcha. El punto de dirección es el campanario de Robchetto. Nada más impetuoso que aquel ataque á la carrera. Profiriendo con su voz aguda y gutural sus gritos de guerra, los tiradores argelinos avanzan, mientras que la música toca el himno del regimiento «Cuando los turcos marchan al combate.» En un instante rodean Robchetto; en diez minutos, el enemigo, desalojado del pueblo, emprende la retirada por el camino por donde había venido; pero al alejarse quiere servirse de su artillería, y hace una docena de disparos con metralla, los cuales no contienen el ímpetu de los turcos. El general Auger acude entonces con cuatro cañones y contesta vigorosamente. Después, creyendo ver en los trigos una pieza de artillería austriaca que con dificultad puede seguir el movimiento de retirada, precipítase á galope y se apodera del cañón después de acuchillar á los artilleros.

Al mismo tiempo, una cabeza de columna de caballería austriaca, llegando de Castano, se presentaba por la izquierda: un batallón del 65 se dirigió al punto á su encuentro con dos piezas de artillería que la hicieron retroceder.

A las cinco había terminado el combate. Aquel mismo día el general Mac-Mahón envió el parte al emperador, y en él le decía: «El enemigo ha sufrido pérdidas considerables: ha dejado el campo de batalla sembrado de cadáveres y de gran cantidad de objetos de toda clase; entre ellos efectos de campamento, así como morrales completos que ha arrojado para huir con más presteza. Hemos recogido armas, carabinas y fusiles. Hemos hecho pocos prisioneros, lo que se explica por la naturaleza del terreno en que se ha trabado el combate..»

»Todavía no puedo dar á V. M. detalles precisos sobre este encuentro que demuestra una vez más desde nuestra entrada en campaña todo cuanto V. M. puede esperar de sus valerosos soldados... Todos han cumplido dignamente con su deber; pero desde luego haré mención del general de la Motterouge que ha demostrado un arrojo irresistible; del general Auger que, con arreglo á nuestra legislación militar, se ha hecho merecedor de que se le cite en la orden general del ejército; del coronel de Laveancoupet que, luchando cuerpo á cuerpo con los tiradores austriacos, ha recibido un bayonetazo en la cabeza, y del coronel Laure, de tiradores argelinos, por el impulso inteligente con que ha llevado sus batallones al enemigo.»

Después del combate, el general Lebrún presenció en la calle que cruza el pueblo de Robechetto una escena conmovedora. Vió al padre Bragier, capellán del segundo cuerpo, arrodillado y dando los cuidados espirituales á unos heridos; entre los cuales había soldados del 45 de línea, cazadores austriacos y turcos, todos los cuales alargaban las manos hacia él y le besaban las suyas. El compasivo sacerdote prodigaba á cada uno sus consuelos, sin cuidarse de las diferencias de religión y de nacionalidad.

El combate de Robechetto, que tomó más adelante el nombre de la localidad vecina y se llamó de Turbigio, había dado gran fama al general de la Motterouge y á los dos regimientos de su división, los tiradores argelinos y el 45 de línea que tomaron parte en él. Inauguraba de un modo glorioso las operaciones que debían dar renombre al segundo cuerpo de ejército durante la campaña.

XLVII

LA BATALLA DE MAGENTA

El emperador Napoleón III había fijado la fecha del 4 de junio para tomar posesión definitiva de la orilla izquierda del Tessino. El segundo cuerpo (el del general Mac-Mahón), reforzado con la división de cazadores de la guardia y seguido de todo el ejército del rey de Cerdeña, debía marchar de Turbigio hacia Buffalora y Magenta, en tanto que la división de granaderos de la guardia se apoderaba de la cabeza de puente de San Martino en la orilla izquierda y que el tercer cuerpo (el del mariscal Canrobert) avanzaría por la derecha para cruzar el Tessino por el mismo punto. El cuarto cuerpo, mandado por el general Niel, debía también encaminarse hacia el Tessino. El primer cuerpo (el del mariscal Baraguey d' Hilliers) quedaba de reserva.

En la mañana del 4 de junio el ejército francés no preveía que aquel día había de trabar una gran batalla. El emperador, que estaba en Novara, almorzó á la hora de costumbre. Después de almorzar marchó á San Martino, donde estaban los granaderos y los zuavos de su guardia que acababan de romper el fuego.

A las diez de la mañana, el segundo cuerpo, mandado por el general Mac-Mahón y compuesto de las divisiones de los generales la Motterouge y Espinasse, á las cuales iba agregada la división de los cazadores de la guardia á las órdenes del general Camón, salió de Turbigio para marchar sobre Magenta. Las divisiones la Motterouge y Espinasse tomaron caminos diferentes. La primera topó en Casate con muchos destacamentos austriacos y los rechazó. El emperador oyó el fuego de fusilería desde el puente de San Martino y al punto ordenó á su guardia que atacara las orillas del canal grande, el *Naviglio Grande*.

La división de la guardia, que iba á hacer prodigios de valor, se componía de tres regimientos de granaderos y del de zuavos. Mandada por el general Mellinet, que tenía á sus órdenes dos generales de brigada, Wimpffen y Cler, sólo constaba de cinco mil hombres, que por espacio de muchas horas iban á aguantar el empuje de unos cuarenta mil austriacos.

Echemos ahora una ojeada sobre el teatro de aquella resistencia heroica.

El ejército que desde el Piamonte pasa á Lombardía tropieza con dos formidables obstáculos, el Tessino y el Naviglio Grande.

El Tessino es un río ancho, de caudal rápido y copioso como el de un torrente y en cuyo cauce hay á trechos islas pobladas de árboles.